Preguntas Literaturizadas 3ª Evaluación

Preguntas Literaturizadas 3ª Evaluación

1. Neoclasicismo
2. El sí de las niñas
3. Cartas Marruecas
4. Romanticismo
5. Don Juan Tenorio
6. Realismo y Naturalismo
7. Fortunata y Jacinta
8. La Regenta
9. Modernismo y Generación del 98
10. Luces de Bohemia

Neoclasicismo

No fue hasta que se apagó el deslumbrante brillo de un longevo Rey-Sol Luis XIV, cuando pudieron empezar a iluminar el mundo unos Ilustrados que deseaban, con espíritu filantrópico y un marcado sello burgués, una reforma social en la que el utilitarismo, el progresismo, lo natural, el orden y el equilibrio, se impusiesen sobre las supersticiones, la religiosidad, lo extravagante y los sentimientos, porque como dirá Ortega y Gasset, “Todo neoclásico se avergüenza de sus emociones”.

Se apoyarán en la Encyclopédie promovida por Diderot, llevarán como bandera la razón y como eslogan, el *sapere aude* kantiano, pero su afán de progreso se verá truncado al ser vistos por la población como Micromegas provenientes del Espacio, como luces deslumbrantes, lo que provocará que aún a principios del siglo XX, Costa siga queriendo una reforma educativa, como la que propuso Jovellanos, para “bañar España en el pueblo y en Europa”.

No triunfará la poesía, ya que fue incapaz de comulgar con el precepto de hacer desaparecer las emociones en las obras. Sólo destacarán las fábulas de Iriarte y Samaniego y el anacreontismo, de un Meléndez Valdés que, en sus Poemas dirigidos a Dorila, se preocupará por el *tempus fugit*, mientras dialoga con su amada en un idílico entorno natural, siempre comidiendo sus sentimientos.

Los periódicos difundirán obras en prosa, pero no la autobiografía de Diego de Torres Villarroel, ni la Historia de Fray Gerundio de Campazar de José Francisco de la Isla, sino los ensayos, de marcado carácter empirista, como aquellos de Feijóo, , que arremeterá mediante Cartas Eruditas contra las supersticiones, pero sobre todo los de un Jovellanos, como Informe sobre la Ley Agraria o Memoria sobre espectáculos y diversiones públicas, que buscarán mejorar notablemente las condiciones de vida y educar a una sociedad aún aquejada por los múltiples problemas del siglo pasado.

La mejor manera para ello, será sin embargo el teatro, que recuperará las tres unidades, y así, Moratín, siguiendo la estela de un Tirso que ya quería Deleitar aprovechando, advertirá de los riesgos de que una joven, ya sea la Doña Irene de El sí de las niñas o la Isabel de El barón, dé luz verde a la boda entre El viejo y la niña, que aunque carece de amor, es el anhelado por sus familiares, advirtiendo, como Bejamin Franklin, que “donde hay matrimonio sin amor, habrá amor sin matrimonio”.

También se alarmará sobre estos temas Cadalso, en unas Cartas marruecas entre Gazel, Nuño y el maestro Ben-Beley, que mostrarán España desde una óptica extranjera, con un marcado tono pesimista y un exotismo y costumbrismo prerrománticos, que le permitirán calar de forma mucho más profunda, pues la población de la España del siglo XVIII, no quería una Literatura educativa que le sacase de su retraso, sino la melancolía y los sentimientos de las Noches lúgubres, pues sus intelectuales no eran más que Eruditos a la violeta.

El sí de las niñas

El tres ha sido un elemento fundamental en la tradición histórica y especialmente, en la Literatura, y así, en el Neoclasicismo se vuelve a las tres unidades aristotélicas, y a los tres actos en la rígida estructura de tragedias y comedias, que estarán perfectamente separadas. Sin embargo, un triángulo amoroso aparece también en El sí de las niñas, mas no termina en duelo, como hubiera acaecido en el Barroco; ni en un retraso similar al de Diego Macilla que desencadenase una satanización como la de Don Álvaro; ni con el adulterio de doña Irene; pero mucho menos, con los toques verdes de un “Romance sonámbulo” trágico, porque su madre, no es una Bernarda Alba, ni ella, es Yerma.

Efectivamente, todo se soluciona gracias a las luces de la Razón, que iluminan a Don Diego, *alter ego* del Moratín que rechazó a Paquita Muñoz, al alba, y no en las Noches lúgubres, y que le hacen criticar la mala educación española, como ya hizo Jovellanos, ya que “las juzgan honestas, luego las han enseñado en el arte de mentir y de callar”. No se trata de revolucionar la sociedad, ni de adoptar el tono de La derrota de los pedantes, sino solo de reformar una España decadente, en la que muchas mujeres, como Doña Francisca, siguen, y seguirán, rindiéndole culto al “qué dirán de mí”, al linaje, a las apariencias, y obligan a sus hijas a casarse sin amor, porque “todo se las permite, menos la sinceridad”, desoyendo la sabiduría de Benjamin Franklin, que afirma que “cuando hay matrimonio sin amor, habrá amor sin matrimonio”.

No es la comedia una reivindicación feminista, como la Casa de muñecas a la que la asemeja Carreter, ni el enredo de una Discreta enamorada, sino un conflicto real, abordado a través de tipos, un lenguaje sencillo y decoro poético que se engalana con un final feliz, para hacernos ver que el hombre es bueno por naturaleza e invitándonos, a hacer como Don Diego y Don Carlos, a resolver nuestros problemas de manera dialogada, con filantropía, porque sólo así se podrá evitar la boda entre El viejo y la niña.

Cartas Marruecas

Mientras en toda nuestra Literatura de este luminoso siglo XVIII, estará marcado por un optimismo esperanzador, Cadalso impregnará de un amargo pesimismo sus escritos, pues en él perviven aún las reminiscencias barrocas del desengaño y de que la vida es un tránsito entre La cuna y la sepultura, porque sabe que, a pesar del Informe sobre la ley agraria o cualquier otro escrito de sus contemporáneos, el Imperio nunca volverá, sino que se hundirá en aguas cubanas, 200 años después de publicarse unido Cartas Marruecas.

Unas epístolas que, como las Lettres persanes de Montesquieu, afirma no haber realizado, sino sólo recogido y publicado en “El Correo de Madrid”, como se explica en el prólogo, en el que cita a Cervantes, que como él, se valió del *captatio benevolentiae*. Y, aunque su crítica no sea mordaz, todos los temas, desde el buen uso de la Lengua hasta la pena de muerte, pasando por el de los matrimonios concertados, serán tratados, de la misma manera que se abordará la historia reciente de España para mostrar los errores de los Austrias y reivindicar los tiempos de Fernando el Católico.

España es el esqueleto de un gigante que se derruye, una casa grande y mal mantenida que se desmorona, como ya había advertido Quevedo al mirar sus muros. La ironía está disfrazada en la inocencia y la candidez de un Gazel, que es una hoja en blanco para escribir su punto de vista crítico, mientras se rememora a “L’Émile” de Rousseau. Mas no sólo su visión estará presente, sino también la de Nuño Nuñez, gallego reformista que guiará al marroquí, y el del maestro Ben-Beley, sabio maestro de Gazel que buscará hacer cuajar, desde África, los tópicos Ilustrados, como el de “el hombre es bueno por Naturaleza” o el aristotélico *in media virtus*. Todo ello, con un multiperspectivismo empapado por toques exóticos, propios del prerromanticismo de Cadalso, para, adelantando el costumbrismo de Fígaro, intentar reformar España, como hicieron Voltaire y su Micromegas y Marivaux y su Isla de los esclavos, con Francia.

Romanticismo

Tras una revolución en la que el pueblo francés llevó por estandarte el “Liberté, Égalité et Fraternité”, se apagaron las luces deslumbrantes de la Razón, pues la Ilustración fue apedreada con piedras medievales, para llegar así a una noche oscura, ya anticipada por Cadalso en Noches Lúgubres. Pese a todo, no se buscará ya desenterrar a la amada, sino acompañarla en el Más Allá para acabar con el sufrimiento que es la vida, con el yo divido social y profundo, con el spleen existencialista que inaugura Baudelaire con su yo lírico en Les Fleurs du Mal.

La tormenta interior de los Grimm, Schiller y Goethe, se expandirá por Europa, pero le costará atravesar los Pirineos, porque todos nuestros prometeos llegarán tarde: Don Álvaro no logrará salvar a su amada Leonor de las garras de la muerte y se transformará en “un enviado del infierno, un demonio exterminador”, Diego Macilla se retrasará prometiéndose a Isabel Segura, y las Rimas becquerianas verán la luz cuando ya se había publicado la historia realista de una fontana tan áurea como su autor.

Sin embargo, los anacronismos, como la existencia del puente de los Suspiros en la Venecia de Martínez de la Rosa, podrán solucionar estos desfases temporales, gracias a los autores, que son “yos” definidores y creativos, que hacen triunfar al sueño sobre la realidad, pero que anhelan el amor de una amada ideal. Una mujer, de ojos verdes como el mar, las náyades y Minerva, que les permita redimirse del Pecado de Eva. No obstante, la salvación no llegará por esa mujer y por ende, la vida será, en palabras del ventisietista Cernuda que sólo amará a mujeres simples como pronombres, “un eterno desacuerdo entre realidad y deseo”.

Pero no todas las féminas serán cantadas de la misma manera y así, la Teresa de un Espronceda “como una plaza de toros muy grande, pero con mucho canalla dentro”, nos será presentada en una obra lírica llena de contrastes, hipérbatos desordenadores, naturaleza dinámica, apóstrofes y musicalidad; y la mujer becqueriana, ese tú al que se dirige sin respuesta, con una poesía suave, sencilla, condensada y conceptista, y que influirá en toda la lírica española del siglo XX. Será su poesía, al igual de la que Rosalía escribe A orillas de Sar, poesía de la que se dice al oído, y que sigue la máxima de Lamartine que predica que “la mejor poesía es la que no se escribe”.

No llorará en sus artículos de costumbres a Dolores Armijo ese Pobrecito Hablador, ese Duende llamado Fígaro, porque peores son los males de una España de castellanos viejos hundida en la ineficiencia de una administración que se rige por el “Vuelva usted mañana” y en el reaccionarismo de un pueblo que considera espectáculo el paso de “Un reo de muerte”. Mas este continuador, junto con Mesonero-Romanos de lo que en su día iniciaron las Cartas Marruecas, y la novela histórica de Scott, “se mató”, en palabras de Machado, “porque no pudo encontrar la España que buscaba y cuando ya hubo perdido toda esperanza de buscarla”

No sólo él llevará a la literatura el liberalismo de una Europa, que como dijo Kant, “se acostó absolutista y neoclásica y se levantó democrática y romántica”, porque también se verán en los versos de lírica y teatro, la encarnación de unos héroes arquetípicos, maniqueos y sin evolución “por todo el mar conocidos, del uno al otro confín”, de vagabundos, piratas y prostitutas, pero sobre todo de un Don Juan que invierte con sus amadas “un día para enamorarlas, otro para conseguirlas, otro para abandonarlas, dos para sustituirlas, y una hora para olvidarlas”. Pero lo que nunca se olvidará serán las obras de unos decimonónicos “yos”, que tendrán más valor una vez muertos estos.

Don Juan Tenorio

Las rígidas unidades aristotélicas y las reglas a las que volvieron los Neoclásicos, se rompen al ser apedreadas con piedras de historia, que vuelven a la Sevilla de 1545, en la que reinaba Carlos I, para adentrar al espectador en lugares sombríos y en amores imposibles entre un reflejo de la España católica que quiere convertir a la Europa protestante y un “ángel de las tinieblas”, pero cuyo sino, su *fatum*, será distinto al de Don Álvaro, ”enviado del infierno, demonio exterminador”, pues él, acaba salvado.

Acaba salvado, pues a pesar de decir que “la razón atropellé, a la justicia escarnecí”, no pronuncia las palabras del burlador de Tirso, al que tan largo se lo fiaban. Es el único que evoluciona psicológicamente en la obra, pasando de emplear cinco días para conquistar a sus amadas: “un día para enamorarlas, otro para conseguirlas, otro para abandonarlas, dos para sustituirlas, y una hora para olvidarlas”, de dormir sobre el azar sumiso, de afirmar, como Quevedo, que “con oro no hay nada que falle”, de jactarse de sus suerte en la taberna del Laurel, a suplicar el perdón y conseguirlo gracias a la intercesión de una amada de una *donna angelicata*, que evoca a la Virgen de Berceo, que pudo haber ido al infierno con él, pero que al autor le sirve para mostrar la bondad de la Gracia de Dios y la grandeza de la Comunión de los Santos, la vocación universal de santidad y por ello, siempre se representa el 1 de Noviembre, aunque fuera considerado pecado el ir a verla, en lugares como la Vetusta de La Regenta.

La alegría y festividad del martes de Carnaval desencadena una reflexión cuaresmal, en un espectador que no anhela ya didactismo, sino diversión para público de toda clase social. Don Juan Tenorio es una de las múltiples versiones de este arquetípico héroe guapo, pero nunca descrito, nato dominador de la lengua, que ha traspasado las fronteras nacionales y temporales. ¿O acaso no son también reinterpretaciones de éste el quijotesco Juan López Garrido de Tristana, el patético Juanito Santa Cruz, el cobarde Álvaro Mesía, el acomplejado Julien Sorel, el esperpéntico marqués de Bradomín, el Don Giovanni de la ópera de Mozart, El hermano Juan de Unamuno, El disoluto absuelo de Saramago o el fénix de los ingenios que era Lope de Vega?

Realismo y Naturalismo

La sed de revoluciones de esos “yos” que anhelaban un mundo a su antojo se apagará al conquistar la burguesía las riendas de las naciones, dando paso a “ellos” que también moldean mundos novelísticos, pero verdaderos. Los autores serán científicos que, armados con sus bisturís, diseccionarán la realidad para mostrárnosla, en tanto que “observateurs et expérimentateurs” desde su “écran réaliste”.

Una realidad amarga, de gente hipócrita, altanera y falsa. No sólo farmacéuticos como Maximiliano Rubín u Homais llevarán la pedantería y “el quiero y no puedo” por divisa, sino toda la sociedad, que, reunida en casinos o en pecaminosos teatros, buscará acabar con aquellas almas puras que aún intentan darse a los demás, como buenos cristianos filántropos, pero que no ven en los dogmas imposición; con aquellos luchadores, o más bien luchadoras, que intenten escapar de la monotonía de la vida de pueblos como Yonville, o de tardes eternas con viento Sur, en Vetusta; y con aquellos que intenten llevar a las Orbajosas del mundo el progreso y a la administración pública, la despolitización.

Todos estos sólo podrán pactar, rendirse en las garras de este gigantesco monstruo, ser engullidos cayendo en el adulterio, con intelectuales Leones, con donjuanes de apellidos cristianos y que no son ni verdaderos conquistadores ni piadosos, con alumnas aventajadas, como Mathilde de la Mole, o simplemente, besando a Celedonio. Quien no quiera acatarlo acabará más arruinado que Villaamil, o más muerto que el acomplejado Julien Sorel o que ese Pepe Rey, el único “imperfecto” en el atrasado pueblo regido por ese “monstruo ateo” que es Inocencio Tieneblas.

Suicidada acabará Madame Bovary, por la lectura de unas novelas de folletín, carentes del gueloir con el que autor declamaba sus obras, y por un marido de conveniencia más padre. No será la única, Ana Ozores también anhelará la ruptura de la monotonía matrimonial con obras piadosas, que destruyen su alma, campo de batalla entre pasión y obligación, alimentada por la envida de quienes la rodean. Nadie quiso escuchar las voces neoclásicas, que aún susurran un Informe sobre la Ley Agraria o los peligros del matrimonio entre El viejo y la niña y así, el mundo vive envuelto en una profunda crisis económica y social.

Sin embargo, nadie querrá cerrar los ojos a ella. La miseria de los obreros nos será transmitida en diálogos grabados con el magnetófono que utilizará Sánchez Ferlosio en El Jarama, desde la visión objetiva de un autor, que no podrá evitar llorar, hacer llover un poco cuando Monsieur Maheu se queda en paro. La brutalidad de una Galicia autóctona y la fuerza telúrica de su naturaleza, en la que el hombre está exento de corrupción, será narrada bajo el cristianismo de Pardo Bazán.

Mas no todos buscarán amargos finales en los que el tren se lleva a la Cordera de Finín y Rosa, o en los que miserables como Raskolnikov acaban suicidándose por no aguantar un crimen sin castigo, y así, Dickens o Juan Valera nos agradarán con un final feliz y endulzado por ese romanticismo que aún conservan y que choca con las leyes descubiertas por este movimiento, que demuestra un determinismo ambiental, genético, social, psicológico y educacional, que nos impide realizarnos.

Fortunata y Jacinta

Tras haber experimentado la novelación histórica en los Episodios Nacionales, las novelas de tesis en Doña Perfecta, y el Naturalismo, en La desheredada, Galdós sintetiza todo ello y lo fusiona con la literatura de folletín y el costumbrismo, para crear así una obra en la que se fustiga el valor del dinero, la religión del dogma, la falta de educación de la mujer y las críticas hacia el adulterio femenino.

Es una novela de pasiones humanas, y también de pasiones históricas, pues ambas quedan en paralelo a lo largo de los 7 años de longitud de la trama, que son los turbulentos años del Sexenio Democrático, en un Madrid cuyos habitantes llevan por divisa el “quiero y no puedo”, que anticipa al Madrid esperpéntico de Valle y al hambriento ente orgánico de Cela, y del que los diversos registros diafásicos, diatópicos y diastráticos quedan manifestados, aunque sin llegar al nivel El Jarama, pues Galdós todo lo oía cuando viajaba en los vagones de tercera clase.

Una Fortunata terriblemente desafortunada, una heroína anarquista, cuyas relaciones con Santa Cruz significan el ascenso político del pueblo; una Jacinta no parodiada a pesar de su condición de burguesa, pues grande es su tragedia, un Juanito Santa Cruz, “El Delfín” ni donjuán ni católico que encarna la sátira de la Restauración y un quijotesco Maximiliano, antítesis del emperador, analizado con la precisión psicológica del realismo ruso, un loco, que, como Giner de los Ríos, tiene buenos propósitos pero carece de fuerza; junto a otro gran número de personajes, nos mostrarán desde sus diferentes visiones cómo es el mundo, como lo ven, para dar una impresión de objetividad y calar así una mordaz crítica, pues el mundo novelístico de Galdós, heredado del de La Comédie Humaine de Balzac, no difiere mucho de la realidad, en la que también existen las plazas que se recorren, la familia Santa Cruz, pero que carece de la ironía sutil y el paternalismo del que el autor dota a sus obras.

Fortunata y Jacinta, publicada en 1886 y 1887, y que está falta de principio, pues éste no es más que un *in media res*, tiene un final esperanzador, a diferencia de los de la mayoría de las obras de las concomitancias galdosianas, en el que el Pueblo, el hijo de Fortunata, accede al poder, a los brazos de Jacinta.

La Regenta

No sólo Clarín, tan identificado con su protagonista que comparte con ella hasta su mala letra, diseccionará profundamente la realidad que le rodea, sino que también lo hará el Magistral Fermín de Pas, un “eunuco, un ludibrio de hombre disfrazado de anafrodita”, cuya sotana, a diferencia de lo que creyó su madre, es “un sarcasmo de la suerte, un trapo de carnaval colgado al cuello”, que le dificulta el ascender, tanto por los montes del Vivero, como por la escala social. Este fuerte canónigo, contemplará con su catalejo que hace cada uno de los vetustenses, de toda clase y origen, y se dará cuenta de que “el mundo es como el confesionario lo muestra: un montón de basura”.

Y es que él, será, gracias a su estatus y a las concesiones del obispo, dueño y señor de una ciudad que sirve para criticar a la monótona y falsa España de provincia de la Restauración, pues en sus calles, ya sea en el Espolón o la Encimada, caben todos: indianos, caciques, sacerdotes sin vocación, burgueses que llevan por estandarte el “quiero y no puedo”, poetas sin talento, eruditos sin más conocimiento que el suelo que pisan, ateos positivistas que se convierten, viudas romanescas y hombres de casino. Todos los estamentos, tipos y personas, son fustigados duramente, por su altanería, miseria espiritual y falsedad. Sólo se libran de ella ese “santo alegre” que es Camoirán, y el “loco tan cuerdo”, naturalista, determinista y darwinista Frígilis, porque ellos viven alejados del mundanal ruido, pues “no hay como los centros de civilización para despellejar cómodamente al prójimo”.

Entre los habitantes del centro de civilización de esa Vetusta, que no es más que un Oviedo enmascarado, rige la envidia por la pureza y bondad de esa mística que equipara, en el magistral episodio de metaliteratura de la Noche de Todos los Santos, su vida con la de Doña Inés, pues su existencia es una continua y amarga dicotomía entre pasión y religiosidad, una elegía personal, que, como todas, terminará con una muerte interna, sintiendo sobre la boca “el vientre viscoso y frío de un sapo”, pero que será narrada con más dramatismo del que habrá en los versos dirigidos por Miguel Hernández a Ramón Sijé.

Lucharán el ya citado Magistral, imponiéndola excesivas penitencias y guiándola por una religiosidad vacía y de obligación, a pesar de ser visto como un “hermano mayor del alma”, y don Álvaro, ese cobarde Don Juan, que tarda en conquistarla mucho más de los 5 días de los que presume el auténtico ante Don Luis. Todo ello, ante la mirada y colaboración, como ya acaeció en La Celestina o en El perro del hortelano, de unos criados acomplejados y lascivos, y la ignorancia de un paternal marido, embelesado con la caza y el teatro calderoniano, que se dará cuenta de que su vida ha sido un sueño, porque nunca fue capaz de ver el adulterio, escenificado en la escalera por la que accede Mesía a su jardín. Morirá en duelo, como buen amante de las comedias de capa y espada.

Nada podrá hacer sin embargo, la enferma, pero no de bovarismo, Ana Ozores, para evitar lo acaecido, pues viene determinada genéticamente por una díscola bailarina italiana y un don Carlos que no anhela ni Dios, ni Patria, ni Rey; ambientalmente, por unas eternas tardes en Vetusta; y educacionalmente, por unos métodos atrasados, contrarios al krausismo, tan defendido por Clarín.

 Nada cambiará en el mundo, tres años después, a pesar de su adulterio que tan falsamente escandaliza, y se volverá, al final de la obra, a la torre de la catedral, en una “tarde de Octubre en la que soplaba el viento sur, perezoso y caliente”, para mostrarnos que la sociedad no puede ser modificada, a pesar de estas obras. Sin embargo, La Regenta, considerada la mejor novela después de El Quijote, será, como lo descibre Galdós en el prólogo de 1901, la vuelta de un Naturalismo a su lugar de nacimiento, pues surgió, allá en el lejano siglo XVI, con la novela picaresca.

Modernismo y Generación del 98

Será el cosmopolita nicaragüense Rubén Darío el que haga surgir en Hispanoamérica el movimiento que engendrará ese realismo onírico, que narrará Cien años de soledad de la familia Buendía, en Macondo. Ese movimiento aristocrático, antiyanqui, como la Carta a Roosevelt, de coloridos, de sinestesias que nos hacen leer con nuestros ojos una Sonata en gris menor, de piedras preciosas, de hipsipilas que buscan la belleza absoluta, de cisnes majestuosos pero con cuello de serpiente y de princesas tristes que anhelan la evasión, será un neorromanticismo refinado y exótico, la ecuación perfecta entre parnasianismo y simbolismo, cuyos preceptos quedarán reflejados en Azul.

Sin embargo, su evolución hacia un existencialismo más intimista, que nos hace ver que “no sabemos hacia dónde vamos, ni de dónde venimos”, le permitirá entrar en contacto con Machado, que se preocupará por el tiempo y la esencia poética, antes de llorar sus Soledades por la muerte de Leonor mientras recorre, al atardecer, los Campos de Castilla; pero también con Juan Ramón Jiménez, que después de haber llenado de símbolos y sentidos sus poemas, influyendo así en Lorca, buscando “le mot juste”, querrá encontrar la verdad en la libertad del “Espacio”, mediante el uso de la “intelijencia”, la desnudez poética y el mar, que tanto añorará un Marinero en tierra años después.

Valle-Inclán también viajará por todo el mundo, encarnado en el donjuán cristiano, sentimental y satánico marqués de Bradomín, traerá de Kif una pipa, conocerá a Féminas en Italia y Francia, y se exiliará a la nación americana en la que gobierna un Tirano Banderas. Será para Darío un “barbas de chivo”, que, adelantándose a su tiempo buscará “reflotar viejos los valores hundidos en aguas del Pacífico y Caribe”, con un teatro de camilla casera, un arte de vanguardia expresionista, similar a las pinturas negras de Goya, reflejado en unas Comedias bárbaras en una Galicia más brutal que la de Pardo Bazán, y en el esperpento que inaugura Luces de Bohemia, peregrinación por un Madrid “absurdo, brillante y hambriento”, de un día en la vida del ciego vidente que es Max Estrella, pero de 20 años de historia de una España falsa y reaccionaria como don Latino de Híspalis, que están rodeados por la muerte.

La muerte y el dolor rodearán también las obras del médico que es Pío Baroja, que serán “un cajón de sastre”, una recopilación de episodios plagados de asíndetos, en los que se mostrará la contínua miseria de las clases bajas, aventuras marinas, o la vida de Andrés Hurtado, en un mundo absurdo, grotesco y de desengaños

Pero el guía espiritual de la Española Generación del 98, no será Valle-Inclán, ni el ya citado “poeta del alma”, ni el misántropo Baroja, sino Miguel de Unamuno, eterno dubitativo, en cuyo teatro se verán personajes que anhelan desnacer, como Julio Macedo, o gemelos, que acaban por no saber cuál de los dos es El otro. Su crisis de fe estará plasmada en unos poemas que “desnudan con el lenguaje rítimico de su alma” y en sus protagonistas, o más bien agonistas, de novelas, o más bien, nivolas, de difuminados marcos espacio-temporales, como San Manuel Bueno, mártir, o Niebla, todas ellas correspondidas con un ensayo, para que su mensaje, el de “rescatar el hidalgo de la locura de las tumbas de la razón”, cale, y poder así “bañar España en el pueblo y en Europa”.

Don Quijote y Sancho, cuya vida escribirá el catedrático salamantino, como Fray Luis, guiarán a este grupo de autores muy diversos, creadores de personajes tan distintos como Augusto Pérez o Shanti Andía, de ideologías variadas, por la tierra seca y árida de una Castilla “ancha y plana como el pecho de un varón”, en palabras del poeta lírico Azorín. Todos aman sus raíces, ese “olmo seco hendido por el rayo”, y por ello, no se cansarán de recorrerla a pesar de venir de la periferia (Asturias, Mallorca…), que será cantada por el piano de Isaac Albeniz, que trasladará a música lo que, según Max Aub, para Unamuno representaba “un modo de sentir” y para Machado “un modo de ser”.

Luces de Bohemia

No se puede “reflotar unos viejos valores hundidos en aguas del Pacífico y Atlántico” con la ineficiente burocracia del “Vuelva usted mañana”, ni con una policía opresora, ni con una religiosidad vacía, ni con una prensa colaboracionista y censuradora, pero mucho menos, con una clase política corrupta y una situación inestable. España, herida por Simón Bolívar ahora yace, mirando los muros de la patria mía que fue.

Tras haber conocido a Féminas en Italia y Francia, traído de Kif una pipa y haber acompañado al marqués de Bradomín por medio mundo, Valle Inclán retorna a sus raíces, a una Castilla “ancha y plana como el pecho de un varón”, antes de marcharse, de exiliarse a la nación americana donde gobierna un Tirano Banderas, padre del Señor Presidente de Asturias. Sin embargo, eso no impedirá que sea aquí donde muestre en todo su esplendor ese arte de ruptura y libre, ese teatro “de camilla casera” que, adelantando el expresionismo y el vanguardismo iconoclasta, buscará renovar una sociedad tan reaccionaria y falsa como Don Latino de Hispalis, que no representa sólo a Sevilla, sino a toda España.

Esto sólo puede conseguirse mediante la deformación de los héroes clásicos en los espejos cóncavos del callejón del gato, para dar así lugar a un magnífico juego de luces y sombras, en el que los personajes, títeres en las manos de “ese gran Don Ramón de las barbas de chivo”, quedan retratados grotescamente, de la misma manera que Quevedo caricaturizaba a Góngora. El mundo, ha dejado de ser teatro, para convertirse en esperpento.

El único que ve las soluciones, que puede iluminar a la sociedad, queda ciego y sólo es capaz de visionar unas sarcásticas alucinaciones. Su último día, de 20 años de historia, es una peregrinación por un Madrid, “absurdo, brillante y hambriento”, en la que se encuentra con personajes colectivos, de ficción, reales y arquetípicos, que quedan satirizados, porque son partes de este ente orgánico miserable. Da igual que la Pisabien no se llame Doña Rosa o que la Lunares no sea Lola o Julita, pero el viaje de Max es como el de Martín Marco, porque España, es incapaz de evolucionar. Luces De Bohemia, empieza y termina en el mismo sitio, porque nada importante para la sociedad cambia. Además, está rodeada por el velo de la muerte, porque tanto un bebé, como un reo anarquista, como el protagonista y su familia son llevados a la muerte.

 La obra, en definitiva, es un profundo retrato de unos habitantes que intercambian el lenguaje que corresponde a su clase social y que produciendo risa, horror y perplejidad al tiempo, no deja al espectador ni reír, ni llorar, ni asombrarse, sólo frustrarse ante la falta de cambio en España.